

Al cabo de un cuarto de hora vieron llegar á Courtin aguijoneando cuanto podía el paso de su caballo. Desgraciadamente pasaba el alcalde de la Logerie muy lejos del sitio en que se encontraban para que Petit-Pierre pudiese conocer que el huésped de Berta y de su novio era el mismo sugeto visto por ella en casa de Pascual Picaut, y el que había cortado la cincha del caballo de Michel.

Cuando perdieron de vista al colono, continuaron Petit-Pierre y Mary su interrumpido viaje, y á medida que se acercaban á la ciudad, en donde se había ofrecido un asilo al primero, iban deponiendo sus temores. Habíase ya acostumbrado Petit-Pierre á su traje, y ninguno de los labriegos que pasaban por su lado dió muestras de sospechar que aquella ligera aldeanilla fuese una señora, y mucho menos una princesa. Era ya gran cosa haber engañado el sagaz instinto de los campesinos, que en este punto sólo reconocen por rivales, cuando nó por maestros, á los soldados.

Por último llegaron á la vista de Nantes.

Antes de entrar en la población calzóse Petit-Pierre las medias y los zuecos.

Temiendo Mary que Courtin hubiese resuelto aguardarlas, en vez de entrar por el puente Rousscau, las dos fugitivas pasaron el Loira en un bote.

Al llegar frente á Bouffay, sintió Petit-Pierre que le daban un golpecito en el hombro, y volvió estremecido la cabeza.

La que acababa de permitirse tal familiaridad era una pobre vieja que iba al mercado, y habiendo puesto en el suelo un cesto de manzanas, no podía volver á cargárselo.

—Hijas mías, dijo á Petit-Pierre y á Mary, ayudadme á levantar el cesto, y os daré una manzana á cada una.

Asíóle Petit-Pierre acto continuo, hizo una seña á Mary para que cogiera la otra asa, y colocáronlo sobre la cabeza de la vieja, la cual al ver logrado su objeto se iba sin cumplir su promesa; mas Petit-Pierre la detuvo cogiéndola del brazo, y la dijo:

—¿Y la manzana, tía?

La vieja se la dió.

Con un apetito excitado por tres horas de camino, comíase Petit-Pierre las manos tras la manzana, cuando al levantar la cabeza vió un edicto en el cual se leían estas tres palabras en grandes letras: ESTADO DE SITIO.

Era el decreto del ministerio que declaraba en estado de sitio cuatro departamentos de la Vendée.

Acercóse Petit-Pierre al edicto, y leyólo tranquilamente de cabo á rabo á pesar de las instancias de Mary, quien la aconsejaba que fuera sin dilación á la casa donde las estaban esperando, á lo cual contestó que valía la pena de enterarse por completo de una cosa para él tan interesante.

A poco se internaron la dos aldeanas en el laberinto de callejuelas de la antigua ciudad bretona.

## XXV

EN DONDE VOLVEMOS Á ENCONTRAR A NUESTRO ANTIGUO AMIGO JUAN OULLIER.

Si bien era casi imposible que los soldados descubriesen á Juan Oullier en la guarida que Polilla le había proporcionado con sus hercúleas fuerzas, sin embargo, muertos éste y su compañero Poca-Alegría, el vendeano no había hecho más que cambiar la cárcel donde le hubieran encerrado los azules á caer en sus manos, por otra más horrible todavía; y la muerte que sus balas le hubieran dado, por otra mucho más espantosa.

Estaba enterrado en vida, y en aquel vasto desierto no era de esperar que nadie oyese sus gritos.

Hacía ya horas que Poca-Alegría y Polilla se habían separado de él, y cuando vió que á pesar de ser tan entrada la noche no venían á buscarle, creyó que habían muerto ó caído prisioneros.

La idea de la posición en que se encontraba Juan Oullier era capaz de helar la sangre en las venas del hombre más animoso; pero el vendeano era de aquellos varones llenos de fe que siguen luchando mientras los más bravos desesperan.

Encomendó su alma á Dios en una breve y fervorosa oración, y puso manos á la obra con tanto afán como en medio de los abrasados escombros de la Pénissiere.

Como por lo reducido de la excavación había estado hasta entonces en cuclillas, quiso cambiar de postura, y después de prolongados esfuerzos logró ponerse de rodillas; y apoyando en seguida las manos en el suelo y las espaldas en la piedra, trató de levantarla.

Por desgracia lo que Polilla hacía jugando era imposible á los demás, y Juan Oullier no pudo mover siquiera la gran mole que entre él y el cielo había colocado el mendigo.

Reconoció Oullier el suelo, y vió que también era de piedra.

La granítica peña que cual pesada losa cerraba el hueco dejaba entre Oullier y el lecho del arroyo un intersticio de tres ó cuatro pulgadas por el cual penetraba el aire.

Bien reconocida la posición y determinado Oullier á aprovechar esta circunstancia, rompió la punta de la navaja para convertirla en cincel, y con la culata de la pistola por martillo trabajó para agrandar la abertura.

Venticuatro horas empleó en este trabajo, sin otro sustento que el aguardiente que en su calabacilla tenía y con el cual reparaba de vez en cuando sus fuerzas, en cuyo tiempo no decayeron un punto su valor y su firmeza de ánimo.

Por último, á la noche del segundo día consiguió sacar la cabeza por el agujero que había practicado en la base de su prisión, y haciendo otro grande esfuerzo logró sacar todo el cuerpo.

Ya era hora: sus fuerzas estaban agotadas.

Púsose de rodillas, luego de pié, y por último intentó andar; mas como el pié que tenía dislocado se había hinchado de un modo espantoso durante las últimas treinta y seis horas, al dar el primer paso sintió un retortijón de nervios y cayó exhalando un grito de dolor.

Acercábase la noche, y no percibiendo Oullier rumor alguno, creyó que aquella iba á ser la última de su vida. Encomendó su alma al Altísimo, rogándole que velara por las dos niñas á quienes tanto amaba, y no queriendo que la conciencia le acusara de haber omitido algún medio de salvación, arrastróse más que anduvo hacia el occidente, donde estaban las casas más próximas.

De este modo anduvo unos tres cuartos de legua, y llegó á una loma desde la cual divisaba las luces de las casas aisladas que rodean el erial, luces que para él eran otros tantos faros de vida y salvación; pero á pesar de sus esfuerzos no le fué dable adelantar un paso más.

Hacia cerca de sesenta horas que no había comido.

Los troncos de los brezos y de las aliagas cortados al bisel por la podadera en el año anterior, habíanle maltratado las manos y el pecho, y la sangre que perdía acababa de extenuarle.

Entonces renunció á ir más lejos, y tiróse rodando á una zanja que había á la orilla del camino, resuelto á exhalar allí el último suspiro.

Acosábale la sed, y bebió el agua cenagosa que encontró en la zanja.

Era tanta su debilidad, que á duras penas pudo llevar la mano á la boca; parecía tener la cabeza completamente vacía y oír sordos y lúgubres murmullos semejantes á los que produce el mar cuando penetra en un buque próximo á sumerjirse; cubríale los ojos un tupido velo sobre el cual corrían millares de chispas que se apagaban y volvían á encenderse como si fueran ráfagas fosforescentes.

Conocía que estaba muriéndose, y quiso gritar, sin curarse poco ni mucho de que le oyeran amigos ó enemigos; pero la voz se le anudó en la garganta, y apenas pudo oír él mismo el ronquido gutural que exhalaba.

Permaneció casi una hora en esta especie de agonía, y después de espesarse poco á poco el velo que le cubría los ojos y de afectar el zumbido de su cabeza extrañas modulaciones, perdió el sentido de lo que en derredor suyo pasaba.

Sin embargo, era muy robusta su naturaleza para sucumbir sin luchar de nuevo, y la letárgica calma en que estuvo por algún tiempo permitió que el corazón regularizara sus movimientos y se le templara algún tanto la sangre.

Como su entorpecimiento no menoscababa en lo más mínimo la agudeza de sus sentidos, oyó entonces el vendeano un rumor inequívoco para un batidor del campo como él: eran los pasos de una persona que bajaba por la maleza, y por ellos vino á entender que esta pertenecía al sexo femenino.

Aquella mujer podía salvarle, y así lo comprendía Ou-

Ullier en medio de su postración; mas cuando quiso gritar ó hacer un movimiento para llamar su atención, como un hombre aletargado que ve preparar sus funerales y no puede oponerse á ellos, conoció aterrado que ya sólo vivía su inteligencia, al paso que su cuerpo paralizado por completo, se negaba á obedecerle.

Como el hombre que encerrado en vida en un ataúd hace esfuerzos sobrehumanos para romper el muro de bronce que le separa del mundo, puso Oullier en juego todos los recursos que la naturaleza le había dispensado para domar la materia.

Vano fué su empeño.

Y entretanto los pasos se acercaban; á cada minuto, á cada segundo los percibía más distintos. Parecíale al pobre Oullier que cada guijarro que aquellas pisadas hacían rodar le hería el corazón, y á medida que iban aumentando sus esfuerzos, aumentaba también su angustia, erizábansele los cabellos y bañábase la frente un sudor helado: situación más cruel que la muerte, porque los muertos no sienten.

Pasó la mujer. El vendeano oyó que los abrojos rozaban con su zagalejo rasgándolo como si hubieran querido detenerla; vió su negra sombra en la zarza y cesó de oír sus pasos, que se confundieron con el susurro de la brisa en las secas aliagas.

El desventurado se dió por perdido, y cejando en la horrible lucha que consigo mismo tenía empeñada, calmóse un tanto y mentalmente encomendó su alma al Criador.

Tan absorto estaba en su plegaria, que no advirtió la aproximación de un perro hasta que oyó su ruidosa respiración entre el zarzal, y volviendo penosamente los ojos vió un gozquecillo que le estaba mirando con inteligentes y desfavoridos ojos.

Al ver el animal el leve movimiento de Juan, apartóse y empezó á ladrar.

Parecióle entonces al vendeano que la mujer llamaba al perro; mas el gozquecillo no quiso moverse y continuó ladrando.

Esto le infundió esperanza, y no quedó defraudada.

Cansada de llamar y deseosa de saber lo que detenía al perro, la aldeana, que casual ó providencialmente era la viuda de Picaut, acercóse á la zarza y vió á un hombre, en quien conoció á Juan Oullier.

Por el pronto creyóle muerto; mas luego vió que la miraba de hito en hito con los ojos desmesuradamente abiertos; púsole la mano en el corazón y sintió que aun latía; sentóle en la yerba, rocióle el rostro con agua, y dióle á beber una poca, introduciéndosela en los apretados dientes. Poco á poco, como si por una persona viva volviese á la vida, sintió que se le quitaba de encima el gran peso que le oprimía, cobrando grato calor sus entumecidos miembros; y vertiendo algunas lágrimas de gratitud, asió la mano de la viuda y llevóla á los labios al par que la regaba con su llanto.

La buena mujer estaba enternecida, pues aunque filipista, apreciaba mucho al viejo chuán.

—¿Qué es eso, amigo Oullier? preguntó. Parece me muy natural lo que hago; lo mismo hubiera hecho por un cualquiera, y con más razón con vos, Juan, que sois un verdadero cristiano.—Así y todo... dijo Oullier.

Y faltóle aliento para continuar.

—Así y todo... ¿qué? preguntó la viuda.

Hizo el chuán un esfuerzo, y acabó su frase añadiendo:

—Os debo la vida.—No lo creo.—Os lo aseguro: sin vos iba á perecer aquí.—Sin mi perro querréis decir, Juan; con que sólo al cielo debéis dar las gracias. Pero ¿estáis herido? añadió viéndole ensangrentado.—Nó; rasguños y nada más. Mi mayor mal es tener el pié dislocado y no haber comido en sesenta y cuatro horas. La debilidad es lo que me tenía á las puertas de la muerte.—¡Infeliz! aguardad un momento: precisamente llevaba ahora de comer á los que siegan yerba para mí en el erial, y váis á tomar un bocado.

Y dejando la viuda en el suelo lo que en la mano llevaba, desató las cuatro puntas de un mantel que contenía sopa y cocido calientes, y dió algunas cucharadas á Oullier, quien cobraba fuerzas á medida que engullía la suculenta sopa.

—¡Ah! exclamó el vendeano, y respiró con brío.

Brilló entonces una sonrisa de satisfacción en el grave y triste semblante de la viuda, quien, sentándose en frente de Oullier, le preguntó:

—¿Qué haréis ahora, perseguido como sois por los azules?

—¡Ay! respondió el chuán, con mi pobre pierna he perdido todo mi vigor, y pasarán muchos meses antes de que pueda correr por los bosques como me convendría, si no quiero consumirme en algún calabozo. Mirad, añadió sus-

pirando, lo mejor sería ir á buscar á maese Jaime, que me proporcionaría un asilo donde restablecerme.—Y vuestro amo y sus hijas?—Mi amo no volverá tan pronto á Souday, y hará bien.—Pues ¿á dónde irá?—Sin duda se embarcará con las señoritas.—¡Peregrina idea la vuestra, Juan, de ir á curaros entre aquella cáfila de bandidos que acompañan á maese Jaime! ¡Cuidado si estaréis bien servido!—Es el único que puede acojermé sin comprometerse.—Pues ¿y yo? Veo que no os acordáis de mí, Juan, y en verdad hacéis mal.—¿No sabéis acaso las penas en que incurren los que dan asilo á un chuán?—¿Qué penas ni qué alforjas? Juan amigo, la gente honrada no debe temerlas.—Además, vos odiáis á los chuanes.—Nó, sinó á los malvados de todos los partidos. Malvados son, por ejemplo, los que mataron á mi pobre Pascual, y contra ellos vengaré su muerte, si puedo; pero vos, Juan, blanca ó tricolor, lleváis la escarpela de la gente de bien, y os salvaré.—¡Si no puedo dar un paso!—Ni aunque pudierais me atrevería yo á estas horas á introducirme en mi casa, nó por temor de comprometerme, sinó porque desde la muerte de aquel pobre mancebo vivo prevenida contra las traiciones. Escondéos lo mejor que podáis, y de noche vendré á buscaros con un carro; mañana el cirujano de Machecul os pasará la mano por los tendones del pié, y dentro de tres días correréis como un galgo.—¡Toma! lo mejor fuera eso, mas...—¿No haríais lo mismo por mí?—¡Oh! ya sabéis que por vos me arrojaría al fuego.—Pues asunto concluido: por la noche vendré á buscaros.—Gracias, acepto, y creed que no favoreceréis á un ingrato.—No lo hago por merecer vuestro agradecimiento, Oullier, sinó por cumplir mi deber de mujer honrada.—¿Qué buscáis? preguntó Juan viendo que la viuda miraba á todos lados.—Pensaba que entre la maleza estaríais más seguro que en esta zanja.—No puedo moverme, dijo el chuán enseñando á la viuda sus destrozadas manos, su rostro surcado de cicatrices y su pié hinchado; además, aquí no estoy mal: vos habéis pasado por mi lado sin sospechar que aquí hubiese un hombre.—Si; pero puede pasar un perro y olfatearos como lo hizo el mío. Pensad, Oullier, que en pos de la guerra vienen las delaciones y las venganzas.—No digo lo contrario, mas Dios es bueno y nos ayudará.

La piadosa viuda no replicó, y dando un pedazo de pan

á Oullier, y arreglándole un lecho de hojas, apartó de su lado los abrojos, y segura de que no podía ser visto de los transeuntes, se fué, encargándole que tuviera paciencia.

Acomodóse el chuán lo mejor que pudo, elevó fervientes acciones de gracias al cielo, y habiéndose comido el pedazo de pan, cayó luego en el profundo sueño que acarrea las grandes postraciones.

Hacia algunas horas que descansaba, cuando un rumor de voces le sacó de la especie de soñolencia posterior al entorpecimiento: creyó oír el nombre de sus señoritas, y desconfiado en su cariño cómo lo son en todos sus afectos los hombres de su temple, supuso que algún peligro amenazaba á Berta ó á Mary, y cobrando á esta idea fuerzas para sacudir su postración, incorporóse sobre el codo, apartó con cuidado las espinosas ramas que le rodeaban, y miró al camino.

Había anochecido, y no era tan densa la oscuridad que no pudiese el vendeano distinguir dos bultos humanos sentados en un tronco derribado á la otra parte del camino.

—¿Por qué no continuasteis siguiéndola ya que la habíais conocido? preguntaba uno de ellos, que por su acento alemán muy marcado daba á entender que era forastero.—¡Cáscaras! respondió el otro, no la tenía yo por tan loba, y con el chasco que me ha dado me prueba que soy un majadero.—Seguro podéis estar de que la que buscamos estaba en el grupo de aldeanas de que se apartó Mary de Souday para reunirse con vos.—¡Oh! en cuanto á eso tenéis razón, pues cuando pregunté á aquellas mujeres por la moza que con ellas iba, respondieronme que ella y su compañera se habían quedado atrás.—¿Qué hicisteis entonces?—¡Toma! dejé el jaco en la posada, y esperélas oculto al extremo del Pymille.—Inútilmente ¿eh?—Si, y eso que estuve allí más de dos horas.—Tomarían algún atajo para entrar en Nantes por otro puente.—Eso de seguro.—Y es sensible, porque tal vez vuestra buena suerte nunca os depare una ocasión tan propicia.—Sí me la deparará, os lo fio.—¿De qué manera?—¡Oh! como diría mi vecino el marqués de Souday, ó mi buen amigo Juan Oullier (Q. S. G. H.), en casa tengo el sabueso que necesito para esa caza.—¿Un sabueso?—Sí, y muy bueno: tiene algo lastimada una pata, mas en cuanto esté curada, le atraillaré y nos pondrá en pista, sin que nos tomemos otra molestia que contenerle

para que no rompa la trailla á puro tirar de ella á fin de alcanzar el venado.—Ea, dejáos de bromas, que el asunto es muy grave.—¡Bromas! ¿Por quién me tomáis? ¿Para qué gastara yo bromas cuando se trata de cincuenta mil francos que me habéis prometido? Creo que me habéis dicho cincuenta mil francos, ¿no es cierto?—Sí, hombre, sí, ya me lo habéis preguntado más de veinte veces.—Es que nunca me cansaría de oírlo ni de contar el dinero si lo tuviera.—Entregadnos la persona, y lo tendremos.—¡Oh! ya oigo sonar las amarillas: ¡tin! ¡tin!—Pero decidme qué significa lo del sabueso.—¡Oh! ya os lo diré, y de muy buena gana; pero...—Acabad.—Toma y daca.—¿Qué entendéis por toma y daca?—Ya os dije el otro día que deseo servir al gobierno, primero porque le aprecio, y en seguida porque sirviéndole vejo á los nobles, á quienes aborrezco; mas al cabo no me desagradaría recibir dinero del gobierno, ya que hasta hoy siempre le he dado poco ó mucho. Además, ¿quién os dice que cuando tenga en su poder á la persona por quien nos promete montes de oro, nos dé lo que nos ha... ó más bien lo que os ha prometido?—Estáis loco.—Estuviéralo, al contrario, si no os dijera lo que os digo: me gustan más dos precauciones que una, y diez más que dos; y si he de hablaros francamente, en este negocio no veo que sobre ninguna precaución.—Corréis los mismos riesgos que yo: un alto personaje me tiene prometido que si cumplo el compromiso que con él contraje recibiré cien mil francos.—¡Cien mil francos! Muy poco es para que hayais venido de tan lejos; vamos, confesad que son doscientos mil, y que sólo me dáis la cuarta parte porque no necesito ausentarme del país. ¡Caramba! ¡doscientos mil! ¡Cuán feliz sois! Es una suma redonda, y suena muy bien. Corriente, tengamos confianza en el gobierno; mas ¿puedo también tenerla en vos? ¿Quién me asegura que no os marcharéis con el dinero, ya que á vos lo entregarán? Y en ese caso, ¿á qué tribunales acudiré contra vos?—Amigo mío, en las asociaciones políticas la fe firma los contratos.—Por eso se cumplen tan fielmente; con franqueza, más me gustaría otra firma.—¿Cuál?—La vuestra ó la del ministro con quien os entendéis.—Bien: veremos de contentaros.—¡Chito!—¿Qué hay?—¿No habéis oído?—Sí, alguien viene; pareceme que es un carro.

Levantáronse ambos á un tiempo, y á la claridad de la

luna que entónces dió en sus personas, violes Oullier el rostro, después de oír toda su plática.

—Vámonos, dijo el desconocido.—No, respondió Courtin, todavía tengo que deciros muchas cosas; ocultémonos en este matorral, y cuando haya pasado el importuno terminaremos nuestro negocio.

Y ambos se encaminaron á la zarza.

Oullier comprendió que estaba perdido; mas no queriendo ser cogido como un conejo en su gazapera, púsose de rodillas y sacó su navaja, la cual, aunque despuntada, podía servir de mucho en una lucha á brazo partido.

No tenía otra arma, y creía que los dos hombres no llevaban ninguna; mas al ver el colono que se levantaba un hombre de la mata, retrocedió algunos pasos sin perder de vista la especie de fantasma que le aparecía, y recogiendo el fusil que junto al tronco había dejado, hizo fuego sobre el bulto.

Tras el tiro oyóse un grito ahogado.

—¿Qué habéis hecho? preguntó el desconocido.—Nos espiaba un hombre, respondió Courtin pálido y temblando. El forastero fué á examinar la zarza.

—¡Id con cuidado! dijo Courtin; si es un chuán y no ha muerto, va á responder.

Y el colono se mantenía apartado y con el arma preparada.

—Es un campesino, dijo el desconocido, y parece muerto.

Asiendo entonces del brazo á Oullier, sacóle de la zanja: y al ver Courtin la inmovilidad cadavérica de aquel hombre, acercóse más tranquilo.

—¡Juan Oullier! exclamó conociendo al vendeano; ¡Juan Oullier! Por mi santiguada que no creí nunca matar á nadie; pero ya que así había de suceder, huélgome de que haya sido á esc y no á otro. Júroos en verdad que es un tiro bien aprovechado.—Bueno, pero entretanto la carreta se va acercando, replicó el desconocido.—Es cierto; ha subido ya la cuesta y el caballo va al trote. ¡Pronto! no hay que perder un momento: ¡estáis bien seguro de que ha muerto?—Así parece...—Ea, en marcha, pues.

Soltó el desconocido el cuerpo de Juan Oullier que durante este diálogo había estado sosteniendo, y el herido cayó dando con la cabeza en el suelo con siniestro ruido.

—Bien muerto está, por vida mía, dijo Courtin.

Y en seguida sin osar acercarse al cadáver y señalándolo con el dedo, añadió:

—Mirad, eso nos asegura el negocio mejor que todas las firmas del orbe: ese cadáver vale doscientos mil francos. —¿Cómo?—Era el único hombre capaz de arrebatarme el sabueso de que poco há os hablaba. Creíale muerto, y acabo de ver que me equivocaba; pero ahora ya podemos estar seguros de que no nos estorbará; por consiguiente, manos á la obra. ¡A la caza, á la caza!—Sí, que ya está cerca la carreta.

En efecto, esta sólo distaba cien pasos del matorral.

Internáronse entrambos en la espesura desapareciendo entre las tinieblas, en tanto que la viuda Picaut, que iba por Oullier conforme se lo había prometido, llegaba desparvorida corriendo al lugar de la escena.

## XXVI

### LA BARONESA DE LA LOGERIE PROPONE Y DIOS DISPONE

Algunas semanas habían bastado para trocar completamente la existencia de los personajes que tomaran parte en los sucesos que venimos relatando.

Acabábase de promulgar el estado de sitio en los cuatro departamentos de la Vendée, y el general que los mandaba publicó un edicto invitando á los montañeses á deponer las armas y á someterse al gobierno, prometiéndoles que serian tratados con magnánima indulgencia. Había fracasado tan por completo la insurrección, que la mayor parte de los vendeanos temían sus consecuencias. Algunos siguieron el consejo que sus jefes les habían dado al licenciarlos, y entregaron las armas; pero la autoridad civil no se dió por satisfecha, y los prendió á todos sin contemplación. Muchos fueron víctimas de su extremada confianza; mas este rigor impolítico dió también al traste con las pacíficas disposicio-

nes de los que, más prudentes y avisados, habían preferido estar en expectativa por algún tiempo antes de obedecer á las intimaciones de la autoridad.

A consecuencia de estos hechos, tuvo maese Jaime un grande aumento de personal en su pandilla. Dióse el bandido tan buena maña en explotar la errada conducta de sus adversarios, que al cabo de poco tiempo se encontró con fuerzas bastantes para resistirles en los bosques mientras la Vendée entera se entregaba á discreción.

Entretanto Gaspar, Juan Renaud, Brazo de acero y demás caudillos de la insurrección pasaban el mar para ponerse á cubierto de las iras del gobierno, excepto el marqués de Souday. Desde que había dejado á Petit-Pierre, ó más bien, desde que Petit-Pierre le había dejado, el desgraciado hidalgo había perdido su humor festivo con el cual se había impuesto el deber de combatir la tristeza de sus compañeros. En cuanto cesó de existir este deber, cayó en el extremo opuesto, y tornóse melancólico y taciturno sobre toda ponderación. La derrota del Chene, además de herirle en el corazón por sus simpatías políticas, desvanecía los hermosos ensueños que su mente se había complacido en formar; quedábanle tan sólo de aquella aventurera vida cuyos pintorescos recuerdos le sonreían pocos días antes, los reverses y contrariedades imprevistas, las penas ignoradas, las privaciones mezquinas y triviales de la vida presente.

Tal le tenían el aburrimiento y el pesar, que aquel hombre que poco antes encontraba monótona y pesada la residencia en el castillo de Souday, llegó á echar de menos aquellas veladas que tan agradables hacían el cariñoso agasajo y la amena conversación de Berta y Mary; encontró á faltar ante todo sus entretenidos coloquios con Juan Oullier, y apesadumbrábase de tal modo su ausencia, que sin cesar preguntaba por él y trataba de averiguar su paradero con un afán tan laudable como poco habitual en el anciano marqués.

En tal disposición de ánimo se encontraba, cuando un día halló á maese Jaime, que andaba por los alrededores de Grandlieu espionando la marcha de una columna.

Nunca había abrigado grandes simpatías por el amo de los conejos, cuyo primer acto de disciplina había sido emanciparse por sí y ante sí de su autoridad, habiendo tenido siempre aquel carácter revoltoso como un ejemplo altamente